veces mayor, a la velocidad de la luz, sin verlos ni sentirlos ni causar lesión alguna, que hoy sepamos.

Si la ciencia experimental nos enseña hoy estas maravillas —y son sólo como el principio de los inventos futuros—, si esto se realiza en estos pobres y pesados cuerpos, ¿qué maravillas increíbles no realizará el cuerpo glorioso? El bienaventurado conoce los secretos y leyes de la naturaleza y de cada uno de los seres y tiene perfecto dominio sobre su propio cuerpo y sobre todos los seres y elementos. Dios se los ha entregado no sólo para que conozca y admire, sino para que los domine y disfrute. Si este cuerpo pesado, aunque imperfectamente, ya anda en el espacio y maniobra a través del espacio, cuando haya recibido las dotes gloriosas de impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad podrá vivir, moverse y tener estabilidad en el espacio, y en la luz y donde quiera, y el mismo cuerpo estará hecho claridad sobrenatural y gozo permanente.

Con las dotes gloriosas que recibe el cuerpo bienaventurado han desaparecido todas las necesidades y todos los apetitos y desórdenes. Ya no hay que preocuparse de la conservación de la persona ni se siente la atracción al sexo distinto para la conservación de la especie. Se tiene la verdad y el amor glorioso y se vive por la ley del amor glorioso que gobierna el cielo, en la íntima unión de las almas. Como el alma está siempre entendiendo, amando, gozando sin cansancio ni hastío, estará también el

cuerpo en permanente actividad gozosa sin fatiga. Ya no necesita alimentarse ni dormir ni descansar; ya no siente afección o impresión inmoderada o desagradable. Todo es delicia y contento. Todo es armonía y compenetración. Todo es canto de exaltación y júbilo.

Es ya dueño de los elementos; el espacio es suyo y suyos son los astros, las constelaciones y nebulosas y el universo entero; y porque el cuerpo glorioso es ingrávido puede vivir en el espacio y puede vivir en la claridad de la luz con estabilidad y dominio perfectos. Por la dote de la agilidad puede estar casi momentáneamente en los lugares más distantes y en los extremos opuestos del universo. Por la impasibilidad no siente ya los efectos desagradables de los elementos. Todo es delicia y ambiente de dicha en la comunicación más placentera. Todos los sentidos han recibido de Dios la máxima perfección y podrá estar presente y ver como presentes todas las bellezas y fenómenos de la creación; todos los jardines y frondas, todos los montes, ríos y mares; todos los manantiales y crepúsculos, todas las evoluciones y conmociones de la tierra y de los astros.

Los ojos del cuerpo glorioso son muy superiores a todos los inventos ópticos y de mayor precisión que los telescopios y microscopios para ver a las mayores distancias y las bacterias y átomos con todo detalle no sólo en la superficie, sino en el interior. La conversación será sin esfuerzos ni voces, de

un confín al otro y de un bienaventurado a otro sin interferencias ni confusiones, porque es la comunicación perfecta de ideas y armonías en el silencio y en la claridad, según el deseo de la voluntad. Nada puede impedir la realización de su deseo. Los cuerpos opacos se le harán diáfanos y transparentes. Nada impedirá su visibilidad.

Los bienaventurados viven en la claridad de esta luz sobrenatural. El lugar del cielo es la luz sobrenatural que se difunde por todo el universo.

Los ojos del cuerpo mortal no pueden percibir esta claridad sobrenatural. Si ahora ni mis ojos ni mis oídos pueden percibir sin el auxilio de los aparatos especiales las armonías y las imágenes materiales de las emisoras, aunque están en toda la atmósfera, ¿cómo van a poder percibir la luz y la claridad sobrenatural y la vida que en ella se vive? Dios ha dotado al cuerpo glorioso de esa perfectísima y sobrenatural capacidad.

210.—Las almas que tuvieron visiones no veían todas estas bellezas y hermosuras ni la claridad que tanto admiraban con los ojos del cuerpo. Frecuentemente era durante la noche, o estaban con los ojos cerrados y a oscuras, o en el silencio de la oración en compañía de la comunidad. Lo veían con el espíritu. Era una luz revelada, sobrenatural, espiritual, intelectual o imaginaria, como lo eran los ángeles, los santos y el mismo Jesucristo que veían. Lo veían

clarísimamente, pero no era el cielo real ni la persona real, sino una visión sobrenatural. Veían, sin embargo, hermosuras y gustaban gozos que les transportaban y decían no podían gozar ya más y les endiosaban y divinizaban[21] sólo en la visión. ¿Qué comunicará Dios no en visión intelectual o imaginaria, sino ya en la realidad del cielo verdadero? ¿Qué efectos de claridad, de hermosura, de gozo, producirá la realidad de la visión gloriosa de Dios en el alma, y la realidad de ver y vivir el cielo con toda su sobrenaturalidad de encantos y la realidad de los bienaventurados gloriosos, juntos en la claridad, hechos claridad, hermosura y delicia? ¡Qué gozo vivir todos en Uno, en Dios infinito, y vivir la misma vida de Dios!

Porque las visiones, por altas que sean, nunca pueden ni acercarse a la realidad sobrenatural que Dios tiene preparada en el ciclo al bienaventurado.

El bienaventurado vive en la luz purísima, sobrenatural. El cuerpo glorioso es traslúcido y hecho todo claridad suavísima; está en la claridad de fuera y es claridad y diafanidad por dentro; luz de gloria y luz de sobrenatural hermosura, porque vive y está en Dios, que es la Luz eterna que ilumina o sobrenaturaliza a todos.

21. Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito.*

El Verbo es la Sabiduría y es la Luz eterna y la Luz del cielo[22]. El Verbo es el Rostro o Hermosura de Dios y Dios ha puesto a los bienaventurados en su Rostro, en su Sabiduría, en su Luz, *y en su Luz veremos la luz del cielo y eterna*[23], *y vivirán en la Luz de su Rostro*[24]. *Dios ha transformado nuestro cuerpo corruptible a semejanza del cuerpo glorioso de Jesucristo*[25], para vivir ya en la luz de los que siempre viven y ser luz en la misma luz de Dios.

La venerable Ana de San Agustín dice de la visión del cielo: *Mi alma fijó la vista en aquel soberano Principio y Fin de toda la Bienaventuranza, y, teniéndola fija en aquel precioso pecho, veía en él todos los bienaventurados y toda la gloria de manera que no tenía que mudarla a unas partes y otras*[26]. La luz lo llena todo y lo ilumina todo y el gozo está dentro y está fuera; está encima y está debajo; está alrededor y todo es gozo. El bienaventurado está hecho gozo y gloria.

La claridad y la luz sobrenatural se difunden por todo el universo.

211.—El lugar del cielo es gloria y felicidad, porque Dios lo llena de sí mismo. El cielo es la perpetua fiesta en júbilo de todos los ángeles y bienaven-

22. Joan., 12, 46.
23. Salmo 35, 10.
24. Salmo 88, 16.
25. San Pablo: *A los Filipenses*, 3, 21.
26. P. José de Santa Teresa: *Reforma del Carmen*, lib. XVI, cap. XXXIII.

turados. El cielo es la claridad sobrenatural, porque Dios mismo es su sol.

El cielo es un lugar insoñable por su hermosura y encanto. Es el lugar de la delicia y de la exaltación de júbilo, de la alegría y del gozo, de poseerlo y dominarlo todo, de saberlo y gozarlo todo. El lugar del cielo es la iluminación de la suavísima claridad, donde reina la perpetua alegría, donde se vive la compenetración de deseos y de amores en la más íntima unión, donde los bienes y gozos de cada uno son de todos y todos se gozan en los gozos y bienes de todos los demás y de cada uno. Todos serán míos en alegría y yo seré de todos, porque todos seremos de Dios y viviremos la misma vida de Dios. El amor glorioso de Dios lo gobierna todo[27]. En el cielo hay y se disfrutan todos los bienes deseables.

En el cielo no hay nada manchado. En el cielo no hay tristezas ni preocupaciones ni temores. Todo es luz de Dios, armonía y concordia de Dios, sonrisa y júbilo de Dios vivido por cada uno a toda satisfacción. Sólo no se tendrá lo que no se desee.

El cielo es gloria porque Dios glorioso lo llena todo de su gozo y alegría y todo el ser de belleza y regocijo, y todos los miembros del cuerpo de gusto, comento y delicia.

27. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. XIII, núm. 218, y XVIII, núm. 292.

No hay visión ni revelación hecha por Dios a sus siervos, ni mucho menos ilusión alguna meramente humana que pueda acercarse a dar idea concreta de la realidad sobrenatural del cielo y su gloria. Sin vivir la realidad del cielo no es posible expresar cuánto se ve y se goza en las visiones.

Los ángeles están en Dios glorioso; viven en la luz sobrenatural y espiritual de Dios, y viven satisfechos todos sus deseos llenos de dicha. Ni quieren ni pueden salir del cielo, porque Dios es su centro y su dicha.

Mi alma y mi cuerpo estarán en el cielo llenos de Dios glorioso y de su felicidad. En Dios y con Dios viven y disfrutan de todos los bienes y de las compañías más nobles y más encantadoras y perfectas, como son las de los ángeles y de los bienaventurados. No querré jamás ni podré salir del cielo, porque estaré en mi centro y en mi último fin, que es Dios, y todo lo poseeré con su posesión. No querré salir, porque no tendré deseo alguno que no vea perfectamente satisfecho y porque estaré en la dicha y felicidad y poseeré y gozaré cuanto codicie. ¡Estaré en Dios glorioso! ¡Seré feliz siempre![28].

28. Id., id, *Dios en mí*, lect. Med. X, núm. 157.

Capítulo XXXV

Gozos de los bienaventurados en el cielo, según San Anselmo

212.—¡Cuánto me atrae, Dios mío, el recuerdo del cielo! ¡Y cuánto me anima para entregarme a tu amor, para acompañarte y llevarte ahora presente en mi alma con amor y desear ir a Ti para vivir ya en tu gloria! Leer bellezas del cielo y de la vida del cielo me enseña a pensar más en Ti para amarte y desearte más.

Por eso, antes de terminar de expresar mi pensamiento sobre la gloria que tendrán los cuerpos gloriosos en el cielo, quiero recrearme y recrearte a ti, amadísimo que me lees, poniendo aquí el hermoso resumen o síntesis, aunque bastante conocido, que San Anselmo escribió con mucho espíritu en el siglo XI. Se han recreado leyéndole muchos santos y sabios teólogos. Dice así: «Ahora, alma mía, eleva tu inteligencia, excítala; imagina, si puedes, cuál es

este bien y cuán grande es. Si todos los bienes son agradables, piensa en cuán alto grado debe serlo éste, puesto que en él se encuentra todo lo que es agradable en los otros bienes, y no en la proporción que existe en las cosas criadas..., sino en el mismo grado que el Criador se diferencia de las criaturas. Si la vida criada es buena, ¿cuánto más lo será la vida creadora?...».

¡Oh, quién gozará de este bien! ¿Qué poseerá y qué no poseerá? Ciertamente será todo lo que quiera y lo que no quiera no será. Porque allí se ofrecerán los bienes del cuerpo y del alma, tales como *el ojo no ha visto, el oído no ha escuchado, ni el corazón humano sentido.* ¡Oh infortunado! ¿Por qué das vueltas en medio de tantas cosas distintas buscando el bien para tu alma y para tu cuerpo? Ama el único Bien, aquel en que están los demás bienes, y eso basta. Ama el bien puro por excelencia, que por sí solo vale por todos los demás bienes, el único que satisface todos nuestros anhelos. Porque ¿qué deseas tú, cuerpo mío? ¿Qué deseas tú, alma mía? Solamente allí se encuentra todo lo que amáis, todo lo que deseáis. Si es la belleza la que os encanta, *los justos brillarán como el sol.* Si os complacéis en la rapidez, en el valor, en una libertad de cuerpo que ningún obstáculo pueda detener, *serán semejantes a los ángeles de Dios, porque el cuerpo animal es sembrado y brota un cuerpo espiritual*, por el poder divino, desde luego, y no por la naturaleza. Si queréis una

vida larga y llena de salud, allí la eternidad será sin enfermedad y la salud eterna, porque *los justos vivirán eternamente,* y también porque *la salud viene del Señor.* Si queréis ser saciados, *serán saciados cuando aparezca la gloria del Señor.* Si queréis embriagaros, *se embriagarán con la abundancia de la casa del Señor.* Si la música os atrae, allí los coros de los ángeles cantan sin fin delante de Dios. Si buscáis un placer cualquiera que no sea inmundo, sino puro: *Señor, Tú los saciarás con el torrente de tu placer.*

Si la sabiduría os atrae, la Sabiduría misma de Dios se ofrecerá a vuestros deseos. Si es la amistad, los justos amarán a Dios más que a sí mismos; se amarán mutuamente como a sí mismos; Dios los amará más que ellos se aman. Porque le amarán, se amarán a sí mismos y a los otros por Él, y Él se amará y les amará por Sí mismo. Si es la concordia la que buscáis, no tendrán todos más que una voluntad, que será la de Dios. Si es el poder, su voluntad será omnipotente, como la de Dios. Porque como Dios puede lo que quiere por Sí mismo, podrán por Él lo que quieran. Porque como no querrán nada más que lo que Él quiere, de igual modo Él no querrá nada más que lo que ellos quieran, y lo que Él quiera no podrá no ser. Si los honores y riquezas despiertan vuestros deseos, Dios establecerá sobre numerosos tesoros a sus servidores buenos y fieles; es más: serán llamados *hijos de Dios y Dios ellos mismos;* estarán donde esté su Hijo: *herederos de*

Dios, coherederos con Cristo. Si deseáis una verdadera seguridad, ¿dónde podría existir mayor, puesto que los justos tendrán la certidumbre de que estos bienes o, más bien, este Bien Supremo, no les faltará? Tanto menos se les ocurrirá dudar, cuanto que estarán ciertos que no pueden querer perderle y que Dios, que les ama, no quitará este bien a pesar suyo a aquellos que le aman; sabrán, en fin, que nadie más poderoso que Dios podrá separarles de Él contra su voluntad y la suya.

213.—¡Oh, cuán grande debe ser la alegría donde se encuentra tan gran Bien! Corazón del hombre, lleno de necesidades, probado por tantos males que te oprimen, ¿cómo no habías de alegrarte si poseyeras estos bienes en abundancia? Sondea los repliegues más ocultos de tu alma. ¿Podría ésta contener la alegría de tan grande dicha? Si amases a otro como a ti mismo y gozase éste de la misma felicidad, tu gozo sería doblado, porque serías con su felicidad tan dichoso como con la tuya. Pero si dos, tres o más compartiesen la misma bienaventuranza y amases a cada uno de ellos como a ti mismo, te alegrarías por cada uno tanto como por ti. Así, en esta caridad perfecta, en el seno de la dicha de innumerables ángeles y hombres, entre los cuales ninguno ama menos al otro que a sí mismo, cada uno

será feliz con la felicidad de los otros tanto como con la suya propia.

Por consiguiente, si el corazón del hombre apenas puede bastar para su dicha particular, ¿cómo será capaz de contener tantas y tan grandes alegrías? Y puesto que cuanto más se ama a uno más se complace en su dicha, como en esta felicidad completa cada uno amará a Dios sin comparación más que a sí mismo, y a los otros sin medida, del mismo modo se alegrará sin medida de la felicidad de Dios más que de la suya y de los otros juntos. Pero si aman a Dios con todo su corazón, con todo su espíritu, con toda su alma, de modo, sin embargo, que todo su corazón, todo su espíritu, toda su alma, no puedan bastar a la grandeza de este amor, está fuera de duda que todo su corazón, todo su espíritu, toda su alma, se llenaran de una alegría tal que bastarán a la plenitud de esta dicha (capítulo 25).

...Después que haya llenado al hombre entero su corazón, su espíritu, su alma, todavía le quedará más allá de toda medida. Esta alegría no entrará enteramente en aquellos que la disfruten, sino que éstos entrarán enteramente en la alegría. Su alegría será, sin duda, igual a su amor; su amor, a su conocimiento. ¿En qué medida te conocerán entonces,

Señor, y hasta qué punto te amarán? Cierto que el ojo no ha visto en esta vida, ni el oído escuchado, ni el corazón del hombre comprendido en qué medida te conocerán y te amarán en la otra vida![1].

1. San Anselmo: *Proslogion*, caps. 24, 25 y 26. Traducido por el P. Julián Alamida, O.S.B. San Buenaventura termina su *Breviloquio* con estos tres capítulos de San Anselmo, y el abate Gaume los transcribe algo resumidos en *Catecismo de la Perseverancia*. Por esto digo que son bastante conocidos, pero siempre resultan nuevos e insuperables.

Capítulo XXXVI

Vida y convivencia de los bienaventurados

214.—Decir cielo es designar el lugar dichoso donde se poseerán y disfrutarán todos los bienes sin defectos y sin deficiencia ni mal alguno. El cielo es la morada de los bienaventurados, el lugar de la delicia y del bienestar, de la exaltación del gozo, de la jubilosa alegría, de la dicha y felicidad perfecta; es también el lugar de la compenetración más centrada y amable y de la inseparable unión.

El ser bienaventurado en el cielo está saturado de gozo y hecho gozo y delicia sin hastío, siempre en renovada delectación y con certeza de que ya nunca podrá perderla ni se le disminuirá. Es feliz, completamente feliz para siempre en compañía de los dichosos y de los que rebosan contento y delicia.

En esa morada de felicidad vivirán para siempre todos los bienaventurados y los ángeles en la unión

más íntima y en la convivencia más familiar, compenetrada y gozosa. Tendrán y gozarán todo cuanto quieran; nada les faltará de cuanto deseen. Vivirán la misma vida de Dios en el gozo infinito y en la verdad de la visión de Dios. Porque el gozo esencial es la visión y posesión de Dios y el cielo es el lugar sobrenatural de la delicia, del gozo y de la alegría en todo bien.

El cielo es el lugar y la morada de la hermosura, de la claridad, del regalo y del contento, del saber y del más delicado y noble gozar y amar. Nada faltará en el cielo no sólo de lo que podemos desear, pero ni de cuanto se puede soñar. El cielo es todo claridad, transparencia, belleza y el lugar del saber y de la compenetración, del conocer y del amar en gozo confiado. La ley que gobierna el cielo es la ley de la verdad y del amor gozoso en gloriosa armonía y compenetración íntima, individual y social o colectivamente.

Pero el cielo es la felicidad no tanto por ser el lugar de la delicia como porque Dios lo llena de Sí mismo. Un lugar material, por más hermosura y regalo que tenga, no puede ser la felicidad ni comunicarla. La felicidad es vida consciente y feliz. Es gozo de amor conseguido y satisfacción de amor glorioso. *Y el gozo estará dentro y estará o rebosará fuera. El gozo estará encima y estará debajo. El gozo rodeará y todo estará lleno de gozo*[1].

1. *De similitudinibus*, cap. 72. Libro atribuido a San Anselmo.

Dios, que es el gozo infinito, llena de Sí mismo el cielo, y con su presencia gloriosa lo llena de todas las delicias y ensueños. El cielo es la participación y posesión gloriosa del Bien infinito, del Amor sin límites, de la Sabiduría, del Poder y de la Hermosura infinita de Dios.

Con la visión directa del Ser de Dios se poseen y gozan todos los bienes juntos. El cielo es el conocimiento y gozo de la Verdad infinita y de la hermosura y felicidad de Dios. La Hermosura infinita se refleja y transparenta en el alma, la endiosa y hace feliz. El cielo es la felicidad de Dios vivida por el alma y hecha vida del alma. El lugar del cielo es la claridad sobrenatural creada por Dios y difundida por el universo, donde viven los bienaventurados. En esa claridad suavísima, sutilísima, sobrenatural, ha puesto Dios de modo maravilloso y sobreeminente todos los bienes, todas las delicias, todas las fragancias y armonías, como ha infundido en el bienaventurado todos los conocimientos y todos los gozos. Y le ha concedido todas las ilusiones y alegrías, aun las no soñadas e imposible soñar.

El cielo local es la diafanidad de la luz sobrenatural. Por la claridad, le llamaron los antiguos Empíreo, que significa de fuego. En la claridad sobrenatural del cielo y hechos claridad y delicia viven la felicidad los bienaventurados y conocen y disfrutan todas las magnificencias y maravillas que Dios

ha puesto en la creación. Todo lo ven, presencian y disfrutan. Conocen los misterios y la inmensidad del universo; ven y pueden estar presentes en la Estrella Polar y en la Cruz del Sur y en la constelación de Escorpión, y conocen el concertado movimiento del universo. Todo lo viven en la más perfecta delicia y común alegría. Todo en alabanza de agradecimiento y exaltación a Dios y todo se ve y se vive en el mismo Dios y se refleja en la claridad. Todo se posee, ama y goza en la completa satisfacción.

215.—Existe en un lugar el cielo de delicia y encanto sobrenatural como no podemos figurárnoslo, donde las almas de los bienaventurados, juntas a sus cuerpos ya gloriosos, gozan de su dicha. Si pudiéramos figurárnoslo en esta vida de la tierra no sería tan maravilloso, pues el hombre podría tener idea de él. Pero es lugar sobrenatural y el entendimiento natural del hombre no puede llegar a conocer ni figurarse tanto bien y hermosura.

Sólo Dios infinito lo puede hacer. Nuestros pensamientos y alcances son de deseos y como sueños de niños ante esa altísima realidad. Digo que es claridad sobrenatural y en esa claridad creada por Dios, obra Dios, y en esa claridad sobrenatural viven y gozan los bienaventurados.

Dante escribe que oyó a un bienaventurado en la claridad: *Veíase el alma llena de júbilo en el claro fulgor que salía de ella… Estamos encendidos por la luz que por*

todo el cielo se derrama[2]. No ha de ser el cielo menor que el universo, pues es lo más perfecto, como los ángeles, que son más perfectos que el hombre, son inmensamente más numerosos.

Dios llena todo el cielo y está todo en cada parte del cielo y en toda la claridad. Y Jesucristo, Dios y hombre, de quien procede la claridad, se hace también presente, y con Jesucristo, la Virgen. En el cielo se acercan las distancias y como que desaparecen. Todo se ve presente. El mismo Dante, detallando una parte del cielo, dice: *Aquí está la Rosa en la que el Verbo divino se hizo carne… Así se expresaba aquella melodía circular y las demás luces hacían resonar el nombre de María…*

Vi sobre millares de luces un Sol (Jesucristo) que todas las encendía, como hace el nuestro con las estrellas, y por la viva luz trasparecía la luminosa sustancia tan clara a mis ojos… No alcanzarían (las musas) a una milésima de la verdad cantando la santa sonrisa y de qué manera hacía resplandecer el santo rostro[3].

Acabamos de salir del mayor círculo del cielo, que es pura luz, luz intelectual llena de amor, amor del verdadero bien henchido de júbilo, júbilo que supera toda dulzura[4].

2. Dante Alighieri: *La Divina Comedia*. «Paraíso», canto V. Véase el cap. XXI.
3. Dante Alighieri: *La Divina Comedia*. «*Paraíso*», canto 23.
4. Id., id., canto 30.

Aquella luz causa tal efecto que no es posible apartarse de ella para mirar otra cosa... ¡Oh Luz eterna que sólo en Ti existes![5]. Es la visión de Dios, y de Jesucristo Dios procede la claridad que ilumina el cielo.

San Agustín escribe, con su intuición acostumbrada: *Yo soy la luz del mundo... No pensemos que Jesús es este sol que nos ilumina..., sino por quien fue hecho este sol... Es la luz que hizo esta luz. Amemos esa luz, procuremos entender esa luz; tengamos sed de esa luz, para que un día, guiándonos ella, lleguemos hasta ella y en ella vivamos para que nunca jamás muramos*[6].

El cielo y la felicidad esencial es Dios, la visión de Dios y la convivencia con Dios en su misma esencia y viviendo su misma vida en unión con todos los ángeles y todos los bienaventurados. Y será en un lugar de inmensa hermosura y delicia. El cielo local es la superación de todas las maravillas de la creación material hecho por Dios para premio de sus almas fieles. El lugar del cielo es la claridad sobrenatural, y es todo diafanidad perfecta. No está limitado o circunscrito a un recinto, a un continente o a un astro; es la claridad y la diafanidad en la inmensidad, y en ella los bienaventurados ven, poseen y disfrutan de todos los bienes y alegrías, del conocer, del poder y del gozar. No puede haber allí tristeza,

5. Id., canto 33.
6. San Agustín: *Tratado 34 sobre San Juan.*

ni pesar ni divergencia alguna. Todo es canto de amor en la unidad.

216.—Nada de lo bueno que hay en la tierra desaparece en el cielo. Allí todo está perfeccionado y sobrenaturalizado y se vive en la misma dicha de Dios. Se tendrán y gozarán los conocimientos y las relaciones de familia y de amistad que se tuvieron en la tierra, pero más íntimos, más delicados e insospechados con exaltación de gozo y de gloria, sin sobresaltos ni desconfianzas de creerse pospuestos u olvidados. Se ven presentes.

El cielo es la convivencia gloriosa e íntima de la gran familia de Dios. Todos somos hijos de Dios y hermanos amadísimos sin emulación, y viviremos los afectos santos de la familia de la tierra, con toda perfección e intensidad, con alegrías particulares de cielo y todos en el mismo Dios. En el cielo, el hombre ha sido levantado por Dios a la máxima perfección sobrenatural, según la capacidad de méritos de cada uno, y se vivirán divinizados los afectos y alegrías y gozos de la tierra. Ya no hay incomprensiones y desavenencias.

En la convivencia del cielo no estaremos distanciados ni habrá lejanías ni rincones escondidos. Estaremos y nos trataremos presentes, íntimos, directamente, de alma a alma. Todos estamos en Dios, en la esencia de Dios, en su vida y en su gozo. Tenemos todos la convivencia más perfecta con Dios

hechos una misma cosa con Él. La unión de amor vivida en la tierra se hace perfectísima, real y gloriosa en el cielo. Dios será mío y mi vida. Yo soy de Dios y mi vida será suya. La gloria y felicidad de Dios es mía y para mí. Estoy en Dios hecho Dios por generosa y magnánima donación y comunicación de Dios.

En el cielo conviviré con Jesucristo total: Persona divina y Humanidad. Conviviré, hablaré, trataré y estaré con Jesucristo no lejos ni a distancia, sino directamente junto a Él y en Él mismo. Jesucristo nos hablará y mostrará la infinita ternura con que nos amó en la tierra. No nos hablará por un tercero ni le veré de lejos. Le hablaré yo mismo y me hablará Él mismo, y veo que estoy en el mismo Jesús y Él en mí a semejanza —sólo semejanza— de como estoy en Dios y Dios en mí. Esta íntima convivencia es de infinita ternura y confianza, de bondad y de gozo inefable. Ni debo dudar de que estaré en Jesucristo y Jesucristo estará en mí. Me hará suyo y se hará mío. ¿Cómo se hará esto? No lo sé ni lo entiendo, pero no puedo dudar de ello.

Ahora en la tierra yo estoy con el mismo Jesús del cielo ante el Sagrario y Jesús, el mismo Jesús del cielo, está en mí en la comunión. Está vivo, en el cuerpo y en el alma. Yo hablo con el mismo Jesús. Millones de almas fervorosas estamos con el mismo Jesús, y le tratamos, le recibimos en todos los puntos de la tierra. ¿Sería el trato del bienaventurado en

el cielo menos íntimo y presente que lo es en la tierra? Yo no sé cómo es esto ni sé explicarlo, pero sé que tiene que ser así.

En cierta manera me da luz para comprender algo de esa presencia íntima de Jesús en todos los bienaventurados, lo que veo en las emisoras de imágenes y sonidos por las ondas. En este aislado retiro donde escribo, ni veo imagen ninguna ni oigo noticia o armonía ninguna, pero sé que me están rodeando y la atmósfera está llena, porque si pongo un aparato, me reproduce melodías, palabras e imágenes. Y las mismas melodías, noticias o imágenes que están aquí están en América y en Asia y llegan a la luna y más allá, no sé hasta dónde. Lo que hacen los hombres con los sonidos e imágenes materiales, ¿no va a hacer Jesús en el cielo de modo perfectísimo y sobrenatural, vivo y consciente con sus bienaventurados? En el cielo desaparecen las distancias y ausencias.

217.—Veremos todos y cada uno a Jesús junto a nosotros y Jesús nos verá, tratará y comunicará su amor. No sólo junto a mí y a cada uno en particular, como si sólo fuera para él, y tratara con Él, sino dentro, íntimo. Jesús se hará mío y será mío, mi Dios y mi Amado, y yo seré de Jesús y su amado. Si en la oración, en la tierra, miro y hablo con la mirada y la palabra interior dentro de mí con Jesús, y le trato y me ofrezco a Él, porque sé que me está oyendo

y obra en mí, ¿no voy a estar en el cielo con Jesús y dentro de Jesús, y Jesús conmigo y dentro de mí, en mi mismo entendimiento y yo en el suyo? Si en la tierra le trato como mío, mi Bien, y sé que Jesús me dice, como ha dicho en regalada visión a muchas almas santas en todos los tiempos: *Soy tuyo y soy tú, y tú ya eres mío,* ¿no me lo va a decir y a hacer en amor glorioso en su cielo? Delicado y regalado pensamiento el de San Juan de la Cruz cuando pone estas palabras en la boca de Dios: *Tu Esposo, estando en Ti como quien Él es, te hace mercedes, porque siendo omnipotente… te ama con omnipotencia… e igualándote Consigo…, con ese su rostro lleno de gracia y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: «Yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy para ser tuyo y para dárteme a ti»*[7]. Y el matrimonio espiritual en la tierra es una total transformación en el Amado *en que se entregan ambas partes por total posesión la una a la otra*[8] *con cierta consumación de amor.*

Esta unión y transformación es sustancial del alma con Dios y del alma santa con el alma de Jesucristo, pero no es perfecta hasta el cielo. Pues tanto se comunica Dios al alma en esta unión algunas veces que parece *anda siempre en deleites de amor con su Esposo, y estar vestida de deleites, y bañada en*

7. San Juan de la Cruz: *Llama*, c. 3, 6. Véase también el *Cántico*, c. 27 y 31.

8. Id., id.: *Cántico*, 22, 3.

gloria inestimable, y se puede decir que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor. Lo cual se hará perfectamente en el cielo en vida..., porque, transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios es vida suya[9].

Si Dios hace esta unión y estas delicias aquí en la tierra, no nos es dable comprender las del cielo; pero sabemos que es vivir la misma vida de Dios y de Jesús en tan perfecta unión que se hace una sola cosa y una sola delicia, y con tan perfecta y continua presencia que estará mi alma —y cada una de las almas bienaventuradas— en la de Jesús y Jesús en la de cada uno, como he dicho, como si fuera sólo y todo para cada uno y a cada uno le dirá: *Yo soy tú y tú eres Yo.* Yo no comprendo como puede ser esto, ni nadie ahora lo puede comprender. Pero esta es la unión, la compenetración y la convivencia del bienaventurado con Jesús. Se empezó a vivir en la tierra. Esta es la vida interior santa, y se hará perfectísima en el cielo. Yo diré, con la mayor complacencia del gozo: ¡Estoy en Jesús, en el mismo Jesús! Lo estará mi alma y lo estará mi cuerpo. No estará a distancia, sino en Él mismo. Mi entendimiento en el suyo y el suyo en el mío. ¿No estoy yo y están todos en la luz del sol, que envuelve e ilumina a cada uno? ¿No será ésta

9. San Juan de la Cruz: *Cántico*, 12, 8.

más perfecta unión y compenetración? Estaré en Jesús y Jesús en mí.

218.—Veremos, hablaremos, trataremos también con la Virgen y nos verá, hablará y tratará Ella individualmente a todos y a cada uno y nos comunicará cuánto nos amó e hizo por nosotros en la tierra y cuánto nos ama en el cielo. Se nos comunicará y mutuamente nos trataremos con una ternura, un afecto y un gozo como de cielo superior a cuanto podemos figurarnos. Y la trataremos no de lejos, pues tengamos presente que para el alma no hay distancias y para el cuerpo como que desaparecen; no la veremos de lejos ni con prisa o de pasada, sino presente con toda la hermosura exterior e interior del alma y del cuerpo y continuamente, como si solo fuera Madre y alegría para cada uno. La veremos en Dios y en Jesucristo.

Yo no sé explicar cómo será, pero sé que es así, que Dios lo hace así. Y recuerdo lo mismo que he dicho de Jesucristo. Si tratamos a la Virgen directamente, interiormente en la oración y sabemos que hablamos con Ella, aunque no la oigamos y veamos sensiblemente, si apareció bellísima y amabilísima en Fátima y Lourdes, no ha de ser menos en el cielo: la veré, me hablará, sentiré continuamente la inefable ternura de su amor; la veré, estaré junto a Ella y en Ella más que estoy en el aire que respiro y es mío y mi vida, o en la luz que me esclarece.

Veré en Jesucristo el misterio de la Unión Hipostática y de la Encarnación, la obra más grande de Dios en la creación, y veré la inmensidad de la santidad de Jesucristo y que por su gracia y santidad es Rey de la creación. Veré también toda la hermosura del alma de la Virgen y el misterio de su maternidad; su fidelidad a las gracias del Señor y que por su santidad tan inconmensurable, sobre toda otra pura criatura, fue coronada Reina de los mismos ángeles. Veré a la Virgen; la Virgen me mostrará las maravillas y grandezas que Dios obró con ella, y en unión de ella alabaré a Dios por sus juicios inescrutables, y todas las generaciones la diremos: bienaventurada, porque Dios hizo las obras portentosas en Ti.

Si abrazo mi crucifijo en la tierra y me recibe Jesús ese abrazo de amor, y beso la estampa de la Virgen y la Virgen recibe mi beso, ¿sería menos correspondido mi amor en el cielo que no me fuera permitido hacerlo y estar con Jesús y con la Virgen tantas horas como estoy ahora en la tierra con ellos y le llevo siempre en mi presencia o memoria? En el cielo estaré siempre en la presencia, compañía y trato glorioso con Jesús y con la Virgen y gozando su gloria con ellos y con los ángeles y bienaventurados. Es la convivencia más gloriosa. Será mi trato con ellos individual, personal, directo y, al mismo tiempo, con todos los demás bienaventurados. ¡Oh Dios mío, qué maravillas nos tenéis reservadas en el cielo y para qué felicidad tan insospechada nos

habéis criado! ¡Bendito seas! ¡Qué maravillosas grandezas viviremos en Ti!

219.—El cielo es la convivencia gloriosa e íntima de la gran familia de los bienaventurados, donde no hay menores de edad ni ancianos. Nada de cuanto bueno hay en la tierra desaparece. Dios lo transforma, lo perfecciona, lo sobrenaturaliza. No desaparece en el cielo el trato especial de la familia, de los padres, de los hermanos, de las amistades ni de las hermandades espirituales, ni de los que se ayudaron a ganar el cielo. Los que nos amamos en la tierra nos amaremos en el cielo con amor muy especial y con gozo secundario. Allí no serán los abrazos de amor y de dicha como los que nos damos ahora estrechándonos, sino uniendo mutuamente el entendimiento y la voluntad y fusionándose.

Amaremos más y nos amarán más los más santos. Nadie nos amará tanto y a nadie amaremos tanto como a Jesús y después, a muy grande distancia, a la Virgen. Son los más santos. Jesucristo, la fuente y el dador de la santidad. La Virgen, la mediadora y Madre de todas las gracias. El cielo esencial, el amor y la felicidad es Dios, y será el amor en proporción de la participación que se tenga de Dios. El que más participa de Dios, amará más y será más amado, pues tiene más de Dios.

El amor de la familia es santo y mandado por Dios, como lo es el de la amistad. Ni uno ni otro

desaparecen en el cielo. Continuaremos amándonos con un amor de intimidad y gozo especial en el cielo, aunque secundario, y será la comunicación con afecto entrañable. Ya serán para siempre felices en Dios los padres con sus hijos y los hijos con sus padres y los hermanos entre sí, sin envidias ni emulaciones, ni incomprensiones, con todo el gozo y comunicación de amor y de dicha. Nos comunicaremos en el infinito amor de Dios. Se darán las religiosas el abrazo interminable de dicha que empezaron en su profesión, porque juntas se ayudaron a amar a Dios y a santificarse. Vivieron en un amor a Dios y eternamente continuarán gozando unidas en ese amor. ¡Qué delicioso será cantar allí, abrazados, el *Cuán bueno y gozoso habitar los hermanos en uno, en Dios!*

Dios ha querido mostrar ese amor especial de la familia en el cielo a algunos santos, y lo dicen con alegría.

No desaparecen ni disminuyen en el cielo los afectos santos de la tierra ni de la familia; se sobrenaturalizan y divinizan y permanecen para siempre, como se sobrenaturalizan y permanecen los lazos de la amistad.

220.—En el cielo habitaremos en Dios y seremos habitados de Dios. Viviremos en Dios su misma vida de felicidad. Conviviremos con Dios, con los ángeles, con todos los bienaventurados. Todos nos

conoceremos individualmente: los ángeles y los hombres. Tampoco estaremos lejos ni nos veremos a distancia los unos a los otros.

Millones y millones de gloriosas constelaciones de innumerables ángeles alaban al Señor en felicidad y agradecimiento en la claridad de la gloria. Yo, Dios mío, también estaré en Ti y te alabaré con ellos. Admiraré su dicha en su claridad y en sus gozos. Seré feliz con ellos.

Millones y millones de bienaventurados, aunque en número inferior a los ángeles, viven jubilosos en delicia, alabando y admirando a Dios en la claridad inmensa del cielo; Dios mío, espero alabarte y admirarte con ellos en su delicia y júbilo para siempre. Viviré, Dios mío, en tu misma dicha. Estaré en Dios. Seré sol rutilante de esa brillantísima constelación. Brillaré en la luz de Dios.

Yo no puedo figurarme, ni nadie podrá figurárselo si Dios no se lo muestra, este innumerable número de ángeles y de bienaventurados, esta inmensidad del cielo y este conocernos todos cerca, juntos y presentes. Si no estuviésemos juntos y no nos viéramos directa y actualmente, nunca llegaríamos a vernos y tratarnos individualmente existiendo tantos millones de ángeles y de bienaventurados como existen.

El cielo es la más íntima convivencia y comunicación en el trato con todos sin hacer esperas ni tener prisas y en la mayor armonía. La convivencia y

comunicación es en Dios y es directamente sin secretos sospechosos.

Pero en el cielo no hay estridencias, ni desarmonías ni disonancias. En el cielo no hay ruidos molestos. Los bienaventurados se comunican todos sus deseos, pensamientos, amores, admiraciones y alegrías con la exacta verdad, sin posibles errores. Todos muestran el agradecimiento a Dios y el agradecimiento y amor mutuo en la verdad, sin el ruido de palabras, sin incomprensiones ni imprecisiones en las expresiones. En el cielo se vive en gozo la hermosura de la evidencia, de la verdad y del amor.

El lenguaje del cielo no son los idiomas de la tierra ni hay babel de lenguas. Los ángeles y los bienaventurados se hablan en el silencio de la verdad. ¿Cómo pueden hablarse en silencio? La verdad no es algarabía, sino belleza pura.

Todo es vida. Todo es alegría. Todo es la hermosura de la verdad y del amor en gozo.

El lenguaje del cielo es la comunicación de la misma verdad de entendimiento a entendimiento en la Verdad y en el entendimiento de Dios. El bienaventurado que quiere hablar dirige su atención a la atención del ángel o del bienaventurado con quien quiere hablar o presta su atención al que le ha dirigido la atención a él para comunicarse con quien desea. En la atención o mutua mirada espiritual se expresa y manifiesta la verdad que se comunica o se recibe. Es el intercambio y comunicación de los

pensamientos, deseos y amores que manifiestan sin ruido de palabras ni incomprensiones. Se manifiestan mutuamente los pensamientos directos en toda su hermosura y exactitud sin error ni ambigüedad, con toda claridad y precisión y con todo cariño y amor en el alma misma, en la verdad misma. Se ve, insisto, no lejos, aunque esté en el opuesto confín del cielo, sino cerca, juntos. Desaparece la distancia. Se ve en la luz sobrenatural. Se comunica con uno o con muchos a la vez. Como se ve el alma, se ve también la confianza. Ya no hay engaños ni errores. Ni se quieren, ni se pueden tener, ni puede haber desconfianza ni celos de preferencias.

En el cielo no hay discusiones ni opiniones, como no hay voces. Hay verdad con certeza y evidencia. Es el reinado de la verdad, de la armonía y del gozo en la Verdad y en el Gozo infinito de Dios.

Las armonías y melodías son sobrenaturales, purísimas, del espíritu, aun cuando también se tengan sonoras para el oído después de la resurrección.

221.—El cielo, el cielo esencial, el cielo que diviniza es Dios, la visión de Dios infinito en todo Bien Con la visión de la esencia de Dios y de sus infinitas perfecciones basta para la felicidad total y eterna como se basta Dios a Sí mismo. Ni en toda la eternidad se agotará la Verdad y Hermosura de Dios. El cielo es vivir la vida de Dios en Dios mismo. Dios llena el entendimiento con su infinita

verdad, saciándole de felicidad. Dios llena la voluntad de su bien infinito, saciando todos sus amores y deseos en dicha. Dios llena toda el alma y todo el ser, y todos los miembros del cuerpo de hermosura y deleite en Dios mismo, y la hace feliz y dichosa para siempre.

El cuerpo glorioso no puede ver a Dios, porque es material y Dios es espiritual, como no podemos ver directamente ni nuestra propia alma. Pero el cuerpo goza y siente delicia inenarrable de los efectos de la visión que el alma tiene de Dios. El bienaventurado ve directamente, conoce y admira todas las bellezas, todas las perfecciones y maravillosas hermosuras, todos los encantos de la creación entera, naturales y sobrenaturales, materiales y espirituales. Lo ansiaba en la tierra; en el cielo lo verá cumplido lleno de satisfacción. No habrá secreto en los elementos que no conozca.

El hombre es feliz viendo, gozando y viviendo en Dios su misma vida. Pero el cuerpo ocupará un lugar creado por Dios para premiarle y para que sea feliz; ese lugar es la luz, la claridad. Dios mostrará en ese lugar, en esa luz y claridad, a lo cual llamamos cielo, su Sabiduría, su Omnipotencia y magnificencia en el esplendor, hermosura y grandiosidad inmensamente superior a todo el universo. El hombre, el bienaventurado, conocerá y admirará y disfrutará como propias todas esas maravillas y conocerá todas las leyes de la creación y vivirá en

perpetua dicha y agradecimiento, amor y admiración a Dios. Estará tan perfectamente unido a Dios en amor, que su alma será como una sola sustancia con Él, sin perder su ser y personalidad. Su cuerpo estará transformado, sobrenaturalizado, hecho felicidad.

No podemos formarnos idea de ese lugar, porque es sobrenatural y no tiene semejanza con ninguna de las cosas naturales que conocemos. Ni los sabios ni los teólogos nos pueden dar noción detallada de él. Sólo podemos pensar y soñar sobre lo que nos dice la fe y escriben algunos santos por lo que ellos vieron o sintieron en visión, que no llega a ser ni sombra de la realidad, y decían maravillas y no encontraban nada en la tierra con qué compararlo.

Soñemos y demos vuelo a nuestro pensamiento sobre estas palabras que Santa Gertrudis escribe de los gozos que sintió en una visión que tuvo: *Mi alma fue iluminada de pronto por el inefable y maravilloso brillo de la luz divina, y apareció ante mi rostro otro rostro que perecía adherido al mío. Este rostro es aquel del cual dice San Bernardo: «No recibe la luz, sino que le da a todo. No impresiona a los ojos del cuerpo, sino que alegra el corazón. Es agradable no por el brillo de la tez, sino por los dones de su amor»* (San Bernardo, *Sobre el Cantar de los Cantares*, 31)*... Sentí que salía de vuestros divinos ojos una incomparable y suave luz. Pasando por mis ojos y penetrando hasta lo más íntimo de mi ser, esta*

luz comenzó a obrar en todos mis miembros con una fuerza tan maravillosa que yo no sé cómo explicarlo. Hubiera dicho que toda mi sustancia no era otra cosa que aquel resplandor divino..., el cual henchía al mismo tiempo mi alma de una gran dulzura y serenidad[10].

Y San Agustín levanta su consideración a esa luz explicando el *Yo soy la luz del mundo... No pensemos que Jesús es este sol que nos ilumina..., sino por quien fue hecho este sol... Es la luz que hizo esta luz. Amemos esa luz, procuremos entender esa luz; tengamos sed de esa luz para que un día, guiándonos ella, lleguemos hasta ella y en ella vivamos para que nunca jamás muramos*[11].

El cuerpo, los sentidos todos y los miembros del cuerpo verán, admirarán y gozarán todas las maravillas que la bondad y omnipotencia de Dios ha tenido a bien crear para gloria de sus ángeles y de sus bienaventurados en el universo y en el cielo. Todas están totalmente a su disposición y disfrute. Conocerán sus bellezas, sus leyes, sus misterios escondidos.

El cuerpo será de una hermosura que dará gloria verlo. Se sembró el cuerpo animal y resucitó el espiritual para vivir con el alma bienaventurada la vida gloriosa de Dios, en convivencia con Dios mismo, sin otro límite que su propia capacidad.

10. Santa Gertrudis: *Revelaciones*, parte I, lib. II, cap. 21.
11. San Agustín: *Tratado 34 sobre San Juan*.

La capacidad o gloria y perfección del cuerpo es en proporción de la participación que el alma tenga de Dios en la visión beatífica, que es según la intensidad de la luz de gloria y la luz de gloria según la gracia y el amor vividos en la tierra. Decía Santa Teresa de Jesús que por tener un grado más de gloria pasaría todos los dolores hasta el fin del mundo. Está en nuestra cooperación y determinación la gloria que tendremos en el cielo.

En el cielo está y se vive todo lo noble, deleitable y regalado a los sentidos.